Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

AMERICA LATINA, EUROPA Y EL NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL

Por Felipe Herrera

Catedrático de Política Económica de la Universidad de Chile, fue nombrado Ministro de Hacienda de este país en 1953. Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo. Tiene a su cargo el programa de Estudios Conjuntos para la Integración de América Latina, con sede en Río de Janeiro.

I

Preguntémonos, ¿por qué se postula un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI)? Ello implica sostener que existe un «antiguo orden» que pareciera no satisfacer a una gran parte de los gobiernos y a los pueblos que ellos representan; es decir, se hace tangible en el momento histórico actual la fuerza de una acción internacional hacia un «cambio».

Si miramos con visión esquemáticamente retrospectiva la historia de la humanidad es posible ir reconociendo o definiendo distintos tipos de «órdenes», ya que es imposible que las comunidades humanas subsistan sin parámetros sociales determinados que son de la esencia de cualquier sistema de convivencia. Existió así un «orden» propio en el medioevo europeo caracterizado por relaciones feudales y por la gravitación creciente de algunos de sus centros urbanos. Este «orden» tiende a sustituirse a partir de los siglos XV y XVI por las economías y los estados nacionales, que se proyectan en los sistemas coloniales, creados por España, Portugal, Inglaterra, Francia, Ho-

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología y la Energía. El tema desarrollado actualmente es el de Europa.

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

landa y Rusia en los denominados «Tiempos Modernos», vale decir hasta el siglo XVIII, inclusive.

El siglo XIX, bajo el empuje desconocido de la revolución industrial y de la emergencia de nuevos «Estados-Naciones» como centros de poder, particularmente los Estados Unidos, Alemania, Italia y Japón, crea su propio «orden económico», cuyas características se confunden con lo que pudiéramos denominar la «época de oro» del nuevo capitalismo industrial. A nuestro entender, ese «orden» sobrevive a la Primera Guerra Mundial y a su tensa postguerra, a la emergencia del Comunismo y del Fascismo, a la aguda depresión de los 30 y se extiende hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Pertenecemos a la generación que, nacida en la década de los 20, depositó su fe de juventud en el «nuevo orden», diáfano, libertario, justo y pleno, que aparecía como inevitable después de la derrota del eje fascista.

No es del caso recordar los sucesos determinantes del último tercio de siglo. Pero es obvio que emerge un «nuevo orden internacional» que tiene como trasfondo la más importante alteración histórica que ha atravesado la humanidad. Con fundamento se habla de «una aceleración de la historia», a ritmos no sólo desconocidos, sino también no previstos. Es difícil indicar solamente la revolución científico-tecnológica como la causa final del proceso. La interacción de factores es tan profunda, tan dinámica, que es imposible aislar el análisis de cualquier elemento del nuevo orden. Recordemos sólo alguno de sus nuevos ángulos.

En primer término, la «revolución del conocimiento», la «explosión demográfica» y el rápido proceso de «descolonización» de estos últimos decenios. Estos nuevos factores han contribuido a crear una gravitación nueva y desconocida para el «mundo periférico», hasta hace pocos

---

En números anteriores se han publicado *Génesis histórica del europeísmo,* por Antonio Truyol Serra, Catedrático de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense; *Balance y perspectivas del Mercado Común,* por Matías Rodríguez Inciarte, Técnico Comercial del Estado; *Portugal y la Comunidad Económica Europea,* por José da Silva Lopes, ex-ministro de Finanzas de Portugal; *Reflexiones sobre política europea,* por Thierry de Montbrial, Director del Instituto Francés de Relaciones Exteriores; *Reflexiones políticas sobre defensa y seguridad de Europa,* por Javier Rupérez, Embajador jefe de la Delegación Española en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa; *La defensa y la seguridad europeas,* por Fernando Morán, Diplomático y escritor; *El triángulo euroatlántico,* por James O. Goldsborough, miembro del Consejo para las Relaciones Exteriores de Nueva York; *Los grupos políticos en el Parlamento Europeo,* por Jacques Georgel, Profesor de Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Europea; y *Europa y el sistema internacional,* por Ian Smart, ex-director adjunto del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos.

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

años bajo la tutela completa de grandes centros de poder.

Ese nuevo mundo, el «Tercer Mundo», es precisamente el que acusa la mayor concentración de la nueva población mundial, a niveles de subsistencias preocupantes, lo que ha significado que, conseguidas las aspiraciones por la libertad política, emerja la temática del bienestar económico-social como preocupación predominante. Una tendencia a la concentración «urbana» en ese mundo hace surgir las preocupaciones por el «hábitat» como prioritarias, particularmente cuando la urbanización no ha sido acompañada por una industrialización paralela.

Plantear el problema de la urbanización acelerada y del «hábitat» es también referirse a la situación ecológica contemporánea, que ha dejado también de ser un problema local o nacional para alcanzar peligrosas connotaciones internacionales, lo que ha llevado en años recientes a la comunidad internacional a una labor de convergencia, particularmente después de la reunión de Estocolmo de 1972, donde se echan las bases del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP).

Recordemos también la lucha persistente del Tercer Mundo en las últimas décadas por el logro de condiciones más equitativas en el intercambio comercial entre productos básicos y bienes manufacturados, tanto respecto a la relación de precios como a su comercialización sin discriminaciones y a las posibilidades del control de los recursos naturales en el contexto del respeto a las soberanías.

La trascendencia de la situación de las materias primas ha llevado en los últimos años a establecer mecanismos correctivos a corto plazo, como lo revela el sistema especial de financiamiento del FMI (Fondo Monetario Internacional) y el régimen acordado por la Comunidad Económica Europea en favor de los países de menor desarrollo relativo, asociados a este mecanismo. Fundada es la preocupación del Tercer Mundo más que nada por las soluciones a largo plazo de su condición de exportadores de productos básicos, situación que seguramente no se alterará en términos sustanciales. En un artículo de esta naturaleza no pretendemos una descripción detenida de los diversos aspectos de la temática que constituye el NOEI. Enumeremos, sin embargo, estos otros aspectos: la acción en torno a la reforma monetaria y financiera; la industrialización y la absorción tecnológica y científica por el Tercer Mundo; la situación alimenticia y los problemas especiales de las zonas áridas; la nueva realidad de los recursos del «lecho

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

marino»; la acción hacia el desarrollo auto-sostenido individual y colectivo; la prioridad de los problemas del empleo, de las «necesidades básicas» y de la extrema pobreza; y la nueva visualización de las «transnacionales».

Obviamente la enumeración anterior estaría truncada si no enfatizáramos la nueva realidad internacional, que se perfila desde la «guerra del Yomkipur» en función del problema energético del mundo. Los acontecimientos fundamentales de la hora presente están determinados por esa nueva realidad. A principios de 1973, en discurso de incorporación al Instituto de Chile, en su Academia de Ciencias Políticas, Sociales y Morales, me correspondió expresar esta preocupación en la siguiente forma: «La aceleración de la historia está medida en tasas de energía; en el curso de este siglo, desde comienzos del mismo hasta este momento hemos aumentado su uso en cuatro veces. Se calcula que para fines del siglo XX, en comparación con los comienzos de siglo, la habremos aumentado en treinta veces, lo que crea una interrogante acerca de las fuentes de la energía: ¿seremos capaces de seguir aumentándolas en esta proporción? Parece que hubiera una respuesta: es el uso de la energía nuclear, con todas las dificultades y los peligros que ello implica. Tal vez sea del caso recordar la leyenda de Prometeo que, para el hombre contemporáneo, vuelve a adquirir plena vigencia. Cuando el hombre descubre el fuego, sus condiciones de vida cambian totalmente. Es el fuego el que permite el desarrollo de la agricultura y de los asentamientos humanos y es el fuego el que posibilita el trabajo de los metales. Pero parece que los dioses se preocupan por lo que el hombre había avanzado y encadenaron a Prometeo para que no volviera a sus andadas y no volviera a robar otro 'nuevo fuego'»...

II

En los últimos años, a partir de la VI Reunión Especial de la Asamblea de las Naciones Unidas (1974), el concepto de «Nuevo Orden Económico Internacional» toma carta de ciudadanía. Como tantas concepciones actualmente aceptadas en la escena mundial, también ésta surge como reconocimiento de situaciones difíciles en el contexto de las relaciones político-económicas del mundo contemporáneo. Fueron los países en vías de desarrollo los que presionaron por el inicio de un debate en el foro central de la comunidad internacional, cuyo objetivo fundamental es replantear las «normas del juego»

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

entre las naciones industrializadas con el denominado Tercer Mundo en cuanto a las relaciones económicas prevalecientes entre ellos, con énfasis especial en torno a las materias primas, a las transferencias científicas y tecnológicas, al flujo de los recursos financieros internacionales, a la posición de las empresas transnacionales, etc.

La temática no es nueva: se viene arrastrando desde los primeros años de las Naciones Unidas. Le correspondió a CEPAL en la década de 1950 —bajo el liderazgo de Raúl Prebish— plantear en términos específicos las condiciones que contribuirían a nuestro atraso económico y social, derivadas de injustas y desequilibrantes relaciones económicas externas, determinadas en gran parte por nuestra estructura predominante de países productores de materias primas y rúbricas alimenticias, y además por los vínculos de dependencia financiera y técnica con el mundo desarrollado. Esa perspectiva tiene su caja de resonancia en Africa y Asia, y emerge en una nueva dimensión en función de UNCTAD a partir de 1964. Por eso, para nosotros los latinoamericanos los temas centrales del denominado «Nuevo Orden Económico Internacional» (NOEI) no representan novedad.

Para una mejor visualización del significado del NOEI, tengamos presentes las siguientes consideraciones:

— El conflicto del Medio Oriente, en octubre de 1973, precipita una nueva y audaz política por parte de los países productores de petróleo que hace enfrentarse al mundo en su conjunto, más allá de una situación de precios, con el serio problema de los recursos energéticos para el futuro. En los términos de Sadat, fueron los «días que hicieran cambiar la historia del mundo»; agregaríamos que el gran cambio es transformar al Tercer Mundo en «Centro de Poder». Si bien es cierto que ha sufrido las consecuencias económicas y financieras de las nuevas condiciones del mercado de petróleo, ha existido, sin embargo, una amplia solidaridad de estas naciones con los países de la OPEP.

— La importancia del denominado Tercer Mundo en sus proyecciones económico-políticas tiende a fortalecer sus aún débiles vínculos institucionales, como lo ha demostrado la gravitación creciente del grupo de los «77», no sólo frente al sistema de las Naciones Unidas. En el mismo contexto, la trascendencia de los encuentros de los países «no-alineados» tiende a proyectarse con más fuerza en la comunidad internacional. Desgraciadamente, poco se ha avanzado prácticamente en el camino de una «institucionalización» tercermundista. Ello contrasta con la organi-

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

zación del «club de los países ricos» a través de la OCDE.

— Gran importancia ha tenido en la escena internacional durante este último período la iniciativa del gobierno francés concentrada en el diálogo Norte-Sur, decidiéndose que este «diálogo» continuara en el seno de las propias Naciones Unidas, lo que ha acontecido hasta el presente en controvertidos términos.

He expresado en muchas oportunidades que soy un «optimista profesional». También en relación a este diálogo y a sus aparentes pobres resultados aplico ese optimismo, pensando en la trascendencia que tiene el que, por vez primera, el mundo industrializado y el «Tercer Mundo» hayan establecido un contacto directo, a través de un grupo de naciones que por ambos lados han representado intereses distintos, no del período inmediato, sino de una estructura económica internacional que es el resultado de toda la evolución histórica de la humanidad. Si difícil es en el plano interno nacional programar y poner en ejecución reformas que alteren un sistema ya establecido, esas mismas dificultades se nos presentarán multiplicadas a escala mundial. En ese sentido debemos destacar la trascendencia que ha tenido el «Informe Brandt» para los efectos de clarificar una temática que puede servir de fundamento al Diálogo Norte-Sur.

Es un hecho que la aceleración de la historia contemporánea ha agudizado ciertos problemas claves de la convivencia humana en el escenario planetario; y es un hecho también que gran parte de las soluciones escapan a los límites de las fronteras locales. Sin embargo, tengamos presente que ni las formas sociales de organización predominantes, ni el contexto del «Estado-Nación», ni lo que es más serio, la conformación mental del hombre contemporáneo estaban preparados para dar respuestas que no sólo implicaban alteraciones a niveles nacionales, sino especialmente en el contexto cosmopolita.

Por eso seguimos siendo optimistas: el hombre y las sociedades contemporáneas han comenzado a entender el «desafío», lo que en última instancia está provocando «diálogos» históricamente desconocidos, y ha hecho aceptable una revisión programada de un mundo cuya estimativa intrínseca sigue arraigada en el siglo pasado. Por eso creemos que el concepto de NOEI está tomando vigencia, y cualesquiera que sean las contingencias en nuevos encuentros internacionales, nos veremos obligados a seguir buscando alineamientos colectivos —internacionales, regionales y nacionales— que permitan racionalizar y afrontar las nuevas situaciones.

Colección Ensayos Fundación Juan March(Madrid)

Aun cuando el concepto de NOEI corresponde a un enfoque político-económico de gran contenido pragmático y aun cuando gran parte de las tesis cubiertas bajo su formulación habrían sido objeto de análisis y discusión teórica y técnica en años anteriores, el incentivo que ha provocado en economistas y cultivadores de las ciencias sociales, como asimismo en centros e instituciones de orientación académica, ha sido notable. En un corto período ha surgido en torno al asunto una importante producción intelectual; también ha sido notable el número de seminarios y encuentros de diversa naturaleza, cuya motivación ha sido provocada por el tema. Recordemos el Informe Leontieff, preparado para las Naciones Unidas, la reunión del Club de Roma, en Argelia, en noviembre de 1976, para discutir el Informe Tinberger (RIO: «Reshaping International Order»); la acción de la Sociedad Internacional para el Desarrollo (SID); de la Fundación Hammarskjold, de Suecia; del «Aspen Institute», en los Estados Unidos; del recientemente creado «Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo», en Méjico; del «Centro Internacional para el Desarrollo», de París; del «Foro del Tercer Mundo», etc. La respuesta de estas personas, grupos e instituciones no sólo es importante en su connotación técnica, sino también en la proyección que pueden ejercer para contribuir a formar opiniones públicas en todas las regiones del mundo que estén sensibilizadas por la intensidad y vigencia de la nueva problemática planetaria.

Es interesante recordar que la comunidad académica ha estado muy reclamada por los requerimientos inmediatos y prácticos de los hombres de Estado, los banqueros y los hombres de negocios, que en su quehacer diario se encuentran frente a situaciones que no estaban descritas en los textos de economía o que no han sido suficientemente explicadas en los informes preparados por los más destacados economistas de nuestro tiempo. Esta nueva praxis ha obligado a generar un nuevo pensamiento económico.

No existe un nuevo Keynes y creemos que no va a existir. De este mundo tan complejo va a ser muy difícil que «un hombre» pueda dar fórmulas de largo alcance que representen una salida clara para los problemas con que se enfrenta la mayor parte de la humanidad. Pero sí existe un grupo de pensadores económicos contemporáneos que están contribuyendo a la formación de un pensamiento de gran trascendencia.

Creemos que América Latina tiene que jugar un papel

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

muy importante en este aspecto. Tal como ya lo he recordado, la región ha efectuado aportes teóricos de la mayor importancia en décadas pasadas. Sin embargo, debemos preguntarnos: ¿hasta qué punto, en este momento, América Latina posee nuevos pensadores en el campo de la economía internacional y del desarrollo, cuyas ideas estén a la altura de las realidades que nuestro continente representa? Tenemos en el presente una extraordinaria gravitación en el contexto internacional. Sin embargo, creemos que la intelectualidad latinoamericana en el campo de las ciencias sociales no está dando las respuestas o las contribuciones realistas y originales que debería aportar, a juzgar por sus antecedentes históricos. Es posible que lo que afirmamos sobre América Latina sea aplicable al resto del Tercer Mundo. Es curioso que actualmente los grandes teóricos del Nuevo Orden Económico Internacional sean holandeses, suecos, ingleses o norteamericanos. Algunos pensadores provienen del Tercer Mundo, pero constituyen un grupo pequeño y, generalmente, son discípulos o seguidores de escuelas afincadas en el mundo desarrollado.

Mucho se ha discutido acerca de si debemos hablar de un nuevo orden económico internacional o de un «nuevo orden internacional» a secas. La concepción que predomina tiende a subrayar los aspectos económicos involucrados en el nuevo ordenamiento de las relaciones internacionales, pero sin excluir sus aspectos sociales y políticos.

Han sido varios importantes cultivadores del pensamiento económico los que, preocupados frente al «economicismo» que predomina en el mundo de las ideas y de la acción, se han convertido en líderes de concepciones más globales y humanistas. Leemos así en el Informe Leontieff: «Los principales límites a un orden económico sostenido y a un desarrollo acelerado son de orden político, social e institucional, mucho más que de carácter físico. No existen barreras físicas insuperables en el siglo XX para acelerar el desarrollo de las regiones atrasadas del mundo». Compartimos plenamente esta apreciación y así lo hemos expresado en más de una oportunidad, al comprobar que la teoría económica del desarrollo se ha transformado más bien en un arte o una técnica que, en manos de gente capacitada y sostenida por políticas inteligentes y perseverantes, puede operar «milagros». ¿Por qué hablamos de milagros económicos? Precisamente porque el hombre ha sido capaz de actuar sobre la economía. Sin embargo, no hemos sido ca-

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

paces de actuar igualmente en otros órdenes, particularmente en los países en vías de desarrollo.

Leontieff concluye en su informe que «para acelerar el desarrollo global son necesarias dos condiciones: en primer término, son indispensables cambios ambiciosos de carácter social, político e institucional en los países del Tercer mundo; y, en segundo lugar, se necesitan cambios profundos en el actual orden económico mundial. El desarrollo acelerado que lleve a una reducción sustantiva de las diferencias entre los países desarrollados y en vías de desarrollo sólo puede ser alcanzado mediante esta combinación de factores. Por cierto, que cada uno de ellos separadamente es insuficiente y debemos, en todo momento, coordinarlos».

En otras palabras: El Nuevo Orden Internacional no puede ser exclusivamente el fruto de esfuerzos internacionales, en donde expertos y representantes gubernamentales van a negociar convenios entre las naciones, tal como se hizo inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial (por ejemplo, Bretton Woods), sino de una acción que debe ir acompañada de medidas de carácter nacional, encaminadas a un ajuste de los sistemas económicos, políticos y sociales de los países, compatibles precisamente con los nuevos alineamientos cosmopolitas.

III

América Latina se encuentra en una etapa que permite a los observadores abrir juicio acerca del sentido de su devenir histórico durante los últimos treinta años. Habiendo vivido con alguna intensidad este último período y habiendo sido partícipe de una generación que no sólo ha sido testigo, sino también agente en el acontecer de nuestros países, creo que podemos intentar definir algunas perspectivas que lo conforman.

En primer lugar, es indudable que este período de postguerra (1945-80) ha sido una etapa de gran «afirmación nacional». Los indicadores estadísticos nos ayudan a fundamentar esta opinión. América Latina ha crecido, en términos tanto cuantitativos como cualitativos, a un ritmo desconocido, en comparación con otros períodos de su historia. En fecha reciente, la CEPAL presentó un estudio que revela que ese crecimiento no sólo ha tenido lugar en términos económicos, sino también en el sentido de lo que los sociólogos y los politólogos caracterizan como un proceso de «modernización global». En el curso de estos últimos treinta años el pro-

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

ducto regional bruto se cuadriplica. Nuestra población, es cierto, se dobla, lo que en todo caso significa que el ingreso *per cápita* del hombre medio latinoamericano se ha duplicado.

Conjuntamente con la referida «afirmación nacional» latinoamericana, se ha gestado un importante proceso de «afirmación regional». Se podría argumentar que ambos conceptos son antinómicos. El asunto ha sido debatido extensamente, y nos limitaremos a recordar que la base del proceso de regionalización se encuentra, precisamente, en el desarrollo nacional. Cuando se habla de un proceso de regionalización en América Latina, éste no debe ser medido sólo en función de los tratados, convenios y demás instrumentos jurídicos adoptados para promoverlo, sino a la luz de lo que acontece en la realidad, es decir, del intercambio comercial, de las relaciones financieras, de la complementación industrial, de la cooperación tecnológica y del intercambio de los recursos humanos de que disponen los países latinoamericanos; en general, del grado de interpenetración de los mercados y del dinamismo que ha adquirido el flujo de factores productivos en los países de la región, situación totalmente nueva, que se ha venido perfilando a partir de 1960.

Es evidente que los convenios jurídicos celebrados a partir de los años 60 han tenido una gran importancia. No me refiero solamente al Tratado de Montevideo, sino también al Tratado de Managua, que crea el Mercado Común Centroamericano, y al Acuerdo Subregional Andino, a la Asociación de Libre Comercio del Caribe, transformada hoy en una comunidad económica, y al pacto entre los países ribereños de la Cuenca del Plata. La instrumentalización de la integración durante el decenio de los años 60 tuvo el gran mérito de estimular las fuerzas potenciales que en América Latina podían conducir hacia una mayor cohesión regional. Es posible que esos instrumentos, principalmente en la intención de sus autores, hayan sido más ambiciosos que lo que habría de permitir la realidad, pero la historia siempre ha sido así: los grandes cambios y las grandes reformas sólo se han realizado en la medida en que sus gestores plantearon proposiciones que iban mucho más allá de lo que era viable lograr. Por eso, no cabe abrigar vacilaciones ni dudas por no haber podido cumplir en forma mecánica las metas que nos propusimos en un momento dado. Lo que interesa es que el proceso está en marcha, que no se ha detenido, y que hay una inquietud permanente por

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

corregirlo y dinamizarlo. Nos asiste la convicción de que en algún momento esa nueva realidad, que ha emergido dentro o fuera de los convenios mencionados, va a provocar el establecimiento de una nueva institucionalidad regional. En tal dirección, han sido importantes en la década de los 70 la creación de un «Sistema Económico Latinoamericano» (SELA), la firma del «Pacto Amazónico» y la puesta en marcha de la «Organización Latinoamericana de la Energía» (OLADE).

No existe, a mi entender, crisis en la integración latinoamericana. Ella continúa siendo el mejor camino para conducirnos a una inserción más armoniosa dentro del mundo actual y, particularmente, del futuro. Dice el diccionario de la Real Academia Española: «integración es la acción y efecto de integrar»; e «integrar es equivalente a formar las partes un todo, o bien, completar un todo con las partes que faltan». Esto es precisamente lo que ha ocurrido en América Latina durante la última generación. Hemos estado formando un todo, no absolutamente armónico, con las dificultades conocidas; y por otra parte, y esto tal vez sea lo más interesante, hemos completado ese todo con partes que habían estado marginadas. Me refiero al acercamiento entre los distintos ámbitos geográficos y culturales de nuestra América Latina, y muy particularmente a su región caribeña: porque hoy en día hablar de América Latina es hablar de México, de Centroamérica y de América del Sur, pero también es hablar del Caribe y de lo que se llama el «Nuevo Caribe», es decir, de aquellas antiguas posesiones europeas que se han ido independizando de Inglaterra y de Holanda, y que se han organizado bajo el régimen del estado nacional, la mayoría de las cuales forman hoy parte del sistema interamericano.

En los últimos años la afirmación nacional y regional latinoamericana se completa con nuestra inserción en la «civilización planetaria», en el «One World» del libro de Wendell Willkie, concepto reiterado después en la obra de Bárbara Ward, «Una sola tierra», y definido en las palabras de Adlai Stevenson como la «Nave espacial llamada tierra».

La década de 1970 se caracteriza por la proyección de nuestras realidades regionales en el contexto de una problemática cosmopolita. Sin embargo, esta proyección ha tenido lugar en forma relativamente súbita y tanto nuestra conciencia individual como nuestras sociedades no estaban preparadas para este acelerado cambio histó-

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

rico. En la década de 1960 para muchos latinoamericanos parecía revolucionario hablar de integración, de superación de los nacionalismos y de supranacionalidad. Hoy, el concepto de regionalización, si bien no está siendo superado, adquiere una nueva dimensión al plantearse en el marco de los problemas globales que afronta la humanidad en esta etapa de un mundo cada vez más globalizado.

Nos formamos, al igual que nuestros padres y que nuestros abuelos, en el cuadro del «Estado Nación»; nos vimos luego en la necesidad de proyectar este concepto a la realidad económica y cultural más amplia que era América Latina. Hoy en día, cuando estamos aún a medio camino en este proceso de regionalización, nos encontramos frente al desafío de participar en una problemática mundial.

Estos conceptos de nación, región y de comunidad internacional no se contraponen. Esto podemos verlo de forma muy clara en Europa. Nunca había existido en la historia un proceso de unificación de culturas distintas, y en muchos momentos antagónicas, como en la Europa Occidental contemporánea. La Europa de los «6» se transforma en la Europa de los «10», y en un futuro próximo se ampliará a la de los «12». Ya tenemos un Parlamento Europeo elegido por los habitantes de países que van desde la Cuenca del Mediterráneo hasta el Mar del Norte. Sin embargo, aunque cualquier observador superficial pudiera creer que este proceso ha superado los intereses o antagonismos nacionales, sabemos que no es ése el caso. No sólo están vivos los nacionalismos, sino que dentro de algunos países las lealtades provinciales parecieran haber despertado en forma, a veces, violenta.

América Latina está, a nuestro entender, más capacitada que otras regiones del mundo para lograr esa «inserción» en la actual civilización planetaria, por dos razones fundamentales:

Una, que ya hemos mencionado, es el hecho de formar una comunidad de naciones en donde se dieron condiciones de crecimiento económico que, si bien no nos han llevado al nivel de los países industrializados, nos han dado particularidades propias en relación al resto de los países del Tercer Mundo. Leontieff, en su informe a las Naciones Unidas, nos coloca en el plano de una «clase media económica», diferenciándonos tanto de los países desarrollados como de gran parte de los países en vías de desarrollo. El informe hace predicciones para

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

el futuro, para el año 2000 y el siglo XXI, destacando que esa realidad de clase media de las naciones se acentúa.

Un segundo aspecto dice relación con nuestra realidad cultural. América Latina tiene una característica que no posee en igual grado ninguna otra región del mundo, cual es la de ser culturalmente un continente «mestizo». Hay grupos latinoamericanos que acusan y niegan nuestro extendido mestizaje. Olvidan, quienes así opinan, que en la época de la conquista y colonización de América, si existía una región del mundo que podía ser calificada de mestiza, esa era la Península Ibérica: recordemos sólo sus vertientes celtíberas, romanas, góticas, árabes y judías. El español y el portugués que llegó a nuestros territorios traía consigo muchos siglos de mestizaje cultural. ¿Qué le aconteció en este continente? Se mezcló con una población aborigen, que en algunas partes poseía un destacado nivel cultural. Luego, se enfrenta con una presencia africana, particularmente en el Caribe y en Brasil. Posteriormente, en los siglos XIX y XX, se absorben nuevas corrientes inmigratorias, principalmente provenientes de España, Italia, Alemania, Inglaterra y el Japón, que en algunos casos fueron cuantitativamente muy importantes, ejerciendo siempre una señalada gravitación cualitativa.

Esta experiencia, vivida durante siglos por América Latina, tiene un extraordinario valor y potencial para la «movilización planetaria», que, por su naturaleza, tiende a la globalización y a la integración de todos los pueblos del mundo, desde el punto de vista científico, tecnológico, económico y político, pero también desde una perspectiva cultural y humanística. Los latinoamericanos, a causa de este trasfondo histórico, estamos en positivas condiciones para entender y afrontar los desafíos propios de un Nuevo Orden Internacional.

Comparemos nuestra realidad con la de un continente emergente que políticamente pareciera tener hoy en día la primera prioridad en el plano internacional. Me refiero al Africa, tanto al Africa Arabe como al Africa Negra. Observamos en estas dos Africas una actitud crítica, e incluso, agresiva frente al mundo occidental. Es explicable que así sea, ya que se trata de regiones que fueron colonizadas sin haberse incorporado jamás al mundo occidental: su relación fue básicamente de dependencia, en todos los planos. Por eso, hoy en día esas colectividades introducen en los planteamientos del Tercer Mundo un carácter reivindicativo. Este tono se hace presente en las conferencias económicas donde se trata

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

de materias primas, de recursos financieros o de transferencias de tecnología. Pero estas reivindicaciones cobran también todo su vigor en los escenarios intelectuales, donde los representantes de estos nuevos países postulan cada vez más su «identidad cultural».

Es evidente que, desde esta perspectiva, América Latina tiene una contribución muy importante que efectuar para el establecimiento de un nuevo orden económico internacional, toda vez que en virtud de nuestra independencia política, hace un siglo y medio, y del proceso de afirmación nacional que hemos vivido durante los últimos treinta años, hemos alcanzado tal vez una mayor madurez, o en todo caso, estamos en condiciones de crear una convivencia realista con naciones de diversos grados de desarrollo y de estructura en el contexto mundial.

IV

Me voy a permitir resumir mis comentarios en los siguientes puntos fundamentales:

En primer término, podríamos definir el Nuevo Orden Económico Internacional —o simplemente, el Nuevo Orden Internacional—, puesto que el estado de cosas que se busca sobrepasa los fenómenos economicos—, como la respuesta al conjunto de los desafíos que la humanidad ha estado enfrentando durante este último período y, muy particularmente, durante la segunda postguerra, en forma acelerada.

En segundo término, no existe una fórmula mágica que pueda gestar un Nuevo Orden Económico Internacional. Hasta ahora nadie ha pretendido acuñar fórmulas de alcance global, aunque en definitiva no sería extraño que llegáramos a ellas, asignando un mayor énfasis a los elementos de carácter histórico, filosófico y cultural en la concepción del nuevo orden internacional. Lo cierto es que en la actualidad se está trabajando sobre bases sectoriales, según se desprende de las líneas anteriores.

En tercer término, es evidente que hablar de un nuevo orden internacional implica aceptar el proceso de globalización que ha experimentado el mundo, dentro del cual los conceptos de «nación», de «región» y de «planeta» tienen vigencia complementaria. En este proceso, los valores del humanismo juegan un papel muy trascendental, ya que el mundo tenderá a acentuar su carácter «pluralista», aprendiendo a vivir bajo sistemas económicos y sociales diferentes. La historia transcurre en me-

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

dio de profundas paradojas, y por eso, en un período en que se requiere mayor racionalidad, proliferan los rebrotes de irracionalismo.

En cuarto término, América Latina se encuentra en un período de su historia en el que está capacitada para «insertarse» en ese nuevo orden internacional, e incluso, para aportar un mensaje propio al resto del mundo; ese mensaje no sólo habrá de provenir de nuestras tasas de crecimiento económico, de nuestra capacidad tecnológica, de nuestra madurez institucional y de nuestra imaginación para enfrentarse con los desafíos de la evolución económica y social contemporánea, sino muy fundamentalmente del trasfondo que subyace en la cultura mestiza latinoamericana. Creemos que la experiencia latinoamericana en el campo del desarrollo económico y social, nuestro mestizaje cultural, el hecho de haber afirmado nuestros Estados Naciones dentro de una concepción regional, la capacidad de diálogo que hemos desarrollado frente a las naciones industrializadas y a otras regiones del Tercer Mundo, y el humanismo que constituye la esencia misma del ser latinoamericano, encierran una poderosa capacidad de respuesta a los problemas ante los que se enfrentan hoy todos los pueblos de la tierra.

En quinto término, existe un profundo desafío representado por Europa Occidental contemporánea. No olvidemos que nuestra América Latina, histórica y culturalmente, ha estado profundamente ligada y vinculada al viejo continente. En las dos últimas décadas nuestro propio proceso institucional de integración no podría ser entendido sin la proyección que el Tratado de Roma, que crea la Comunidad Europea, tuviera sobre nuestros países. Estamos seguros de que los próximos pasos de la unidad europea seguirán reflejándose estrechamente en el continente, particularmente en la unificación monetaria y la elección directa de un Parlamento Europeo.

Las reflexiones anteriores nos hacen por eso concluir que para América Latina es fundamental la incorporación de España y Portugal a las Comunidades Europeas, no sólo por la estrecha asociación que tenemos con esas dos naciones, decisivas en nuestra gestación histórica, sino también por el inevitable cambio que se producirá en muchos aspectos de la convivencia de la Europa Occidental. El significado, para el futuro de estas naciones, de su incorporación a las Comunidades Económicas Europeas ha sido materia de un vasto análisis y debate; en lo que a América Latina se refiere, estamos seguros de

Colección Ensayos.Fundación Juan March(Madrid)

que, perteneciendo nosotros a la Comunidad Ibérica, la presencia española y portuguesa en Bruselas significará una nueva dimensión y vinculación con la Europa Occidental, considerada como un todo.

Finalmente, tal como lo hemos planteado anteriormente, existe una profunda y permanente convergencia histórica entre América Latina y la Península Ibérica, lo que hace superar total y rápidamente el enfrentamiento propio de los años del proceso de Independencia. Nadie mejor que Ortega y Gasset para haber definido esta situación: «La liberación no es sino la manifestación más externa y última de esa inicial disociación y separatismo; tanto que, precisamente, en la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso de cambiar de dirección. Desde entonces —y cualesquiera que sean las superficiales apariencias y verbalismos convencionales— la verdad es que una vez constituidos en naciones independientes y marchando según su propia inspiración, todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma caminan, sin proponérselo ni quererlo y aun contra su aparente designio, *en dirección convergente*, esto es, que entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo cada vez más, e irán siendo cada vez más homogéneos. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avancen hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a una eventual aproximación política, sino a cosa harto más importante: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad».

En el presente, los países de nuestro continente participan de las mismas limitaciones y de los mismos factores positivos para permitir consolidar sociedades donde se tienda a un indispensable equilibrio entre un crecimiento económico adecuado, un bienestar social extendido, una participación política amplia basada en la libertad y la dignidad humana, una afirmación de valores culturales que le dan un verdadero sentido a la vida individual y colectiva. Por eso, en las «nuevas fronteras» latinoamericanas tiene un papel trascendente el profundo reencuentro histórico del Mundo Ibérico en su conjunto. Las aspiraciones hacia una mayor integración de los pueblos del Nuevo Continente se extiende natural y orgánicamente hacia fórmulas institucionales y de acción en que participan España y Portugal, tendencias históricas que están destinadas a tener una profunda vitalidad precisamente en el contexto de un Nuevo Orden Internacional.